

Jesús Navarro Lahera

Dos estrellas en el cielo



Título: Dos estrellas en el cielo
Primera edición: noviembre, 2025
Segunda edición: junio, 2026
© 2025, del texto Jesús Navarro Lahera.
© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.
© Platero Editorial S.L.
Glorieta Fernando Quiñones s/n .
Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)
info@plateroeditorial.es
www.plateroeditorial.es
Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.
Printed in Spain-Impreso en España
Depósito legal: SE 3190-2025
ISBN: 979-13-87720-51-3

*Para mi familia,
tanto los que están,
como los que se fueron,
y los que vendrán.*

*Los recuerdos son como los amigos.
Los buenos siempre están ahí,
a nuestro lado cuando los necesitamos.*

1

Todavía sentado en la cama, Javier alargó el brazo y agarró la foto que había encima de la mesilla. En ella se podía ver a un niño de unos diez años y una niña de no más de cinco cogidos de la mano, posando ante un paisaje boscoso en el que destacaba el color verde del musgo que crecía en las piedras y los troncos de los árboles. Los dos tenían una media sonrisa en las caras y una expresión en las miradas profunda y tímida a partes iguales.

Después de dejarla en su sitio, miró la pantalla del móvil y comprobó que eran las seis y cuarto de la mañana. Como en días anteriores, y aunque había dormido bien, lo primero que pensó es que volvía a sentirse cansado, con pocas ganas de comenzar la semana. Aun así, se puso en pie, se estiró y movió el cuello a los lados, provocando que la columna le chasqueara como si se le fuera a partir.

Luego, a pasos cortos, fue hasta la puerta y salió al pasillo, dejando atrás una sencilla habitación de decoración espartana, en cuyas paredes solo había un cuadro con un paisaje de una playa solitaria, de fina arena blanca y un mar sin olas, un pequeño armario pegado a una sillita de madera con la ropa que se iba a poner, y una ventana con la persiana a medio subir.

Ya en el baño, se quitó la camiseta y el pantalón que usaba como pijama, se metió en la ducha y abrió el grifo. Cuando el agua templada empezó a caerle por la espalda, se masajeó el costado izquierdo, acariciando con la yema de los dedos las cicatrices que le llegaban desde el hombro a la cintura, y repasó mentalmente la agenda del día. Por la mañana le esperaba la rutina habitual: reuniones, alguna llamada del típico cliente coñazo y, como remate, tener que aguantar la conversación superflua de algún compañero o del pesado de su jefe.

Cada vez le costaba más ya no solo ilusionarse con su trabajo, sino centrarse. Incluso últimamente sentía que estaba perdiendo el tiempo con

las visitas mensuales al doctor, al que hoy justo tenía que ir a última hora de la tarde. Trató de imaginar qué nueva propuesta le haría para ayudarlo a volver a creer que llevaba las riendas de su vida, para intentar motivarlo a que cambiara.

En albornoz, se dirigió a la cocina, encendió la radio y se sentó en un taburete alto frente a una mesita. Allí, sin prisas, con las noticias de fondo, desayunó un descafeinado y unas cuantas galletas.

—Nada nuevo, solo saben hablar de fútbol y política. Todos los días igual. Al menos parece que no soy el único que está estancado —dijo entre dientes, después de apagar la radio y dejar la taza en el fregadero.

Tras vestirse con el pantalón de tela gris, los zapatos negros y la camisa blanca que había dejado preparados el día anterior, volvió a la cocina y, al coger el pequeño pastillero con las provisiones que necesitaba para pasar la jornada, lo apretó dentro de la mano.

Con los medicamentos le sucedía como con los médicos, no confiaba del todo en ellos, pero tener que tomarlos se había convertido en un hábito desde hacía unos años. No le incomodaba estar pendiente de los horarios, en el fondo le gustaban las rutinas, las necesitaba, le hacían sentirse seguro, le ayudaban a no pensar.

Antes de abrir la puerta, se puso la americana azul que había en una percha de la entrada y se miró al espejo. Al verse allí, ni gordo ni delgado, con el pelo moreno por el que ya asomaba alguna que otra cana, sonrió un instante al recordar que mucha gente no creía que tuviera en realidad cuarenta y cinco años. Luego se agachó, recogió del suelo un pequeño maletín de piel marrón oscuro y salió de la casa.

Cuando llevaba media hora de conducción tranquila, tuvo que bajar la velocidad hasta detenerse detrás de los otros coches y, mientras se preguntaba qué podría haber causado ese atasco, vio pasar a su izquierda una ambulancia con la sirena encendida, y a continuación un coche de la guardia civil.

En ese momento, notó que empezaba a sudar y que la pierna derecha le temblaba. A pesar de los años que llevaba viviendo en Madrid, nunca se había acostumbrado a los atascos de la gran ciudad. Sobre todo si había accidentes como el que se acababa de producir en plena hora punta.

Para distraerse encendió la radio y fue pasando de una emisora a otra, sin parar más de unos segundos en cada una de ellas. Así dio una vuelta completa al dial, hasta que de pronto los coches que tenía delante empezaron a moverse muy despacio. Entonces comprobó que seguía con el cinturón puesto y pisó el acelerador.

Al cabo de un rato se encontraba aparcado cerca de las oficinas donde trabajaba. Todavía quedaban quince minutos para entrar, por lo que aprovechó para revisar los mensajes del móvil y las citas del día, entre las que estaba la consulta de la tarde con el «doc», como él lo llamaba.

A las ocho menos cinco abrió el maletín, sacó una corbata y se la puso. Luego se ajustó el nudo mirándose en el espejo retrovisor, salió del coche y echó a andar hacia la entrada del edificio en el que pasaría las próximas siete horas. A su alrededor circulaban más personas camino de sus puestos de trabajo, la mayoría, al igual que él, avanzaban como autómatas inertes con caras de sueño y la mirada fija en el suelo.

Nada más pasar junto a los guardias de seguridad, el móvil comenzó a emitir un zumbido dentro del bolsillo de su americana. Javier metió la mano y lo silenció, para acto seguido buscar en su pantalón el pastillero. Con dedos acostumbrados a abrirlo sin mirar sacó un pequeño comprimido de uno de los compartimentos, se lo metió en la boca y se lo tragó. Luego, conforme avanzaba a solas por un largo pasillo, miró su silueta en las paredes de mármol y, en voz baja, hablando consigo mismo, dijo:

—Ya tenemos la dosis matutina de pastilla mágica para los dolores de alma y corazón.

2

El sonido del abrir y cerrar de puertas, unido al traqueteo habitual del comienzo de la jornada en la residencia, sacó a Antonio del sueño placentero en el que se encontraba. Aún podía verse allí, en un verde prado de hierba, con el murmullo de un arroyo cercano, y un gran árbol a lo lejos que se erguía majestuoso en mitad de un manto de amapolas rojas. Había sido tan real que, aun despierto, creyó que podía seguir sintiendo los aromas de las flores y el agradable tacto de la tierra húmeda en los pies descalzos.

Pensó que era extraño que no se hubiera despertado antes, normalmente se levantaba de los primeros. Pero al fijarse en la silla y ver que estaba colocada delante de la ventana, a través de la que ya entraban los primeros rayos de sol, recordó que se había quedado hasta tarde mirando las estrellas, hablando de sus recuerdos una noche más, como tantas y tantas otras.

Se incorporó trabajosamente y, tras dar unos pasos, se sentó de nuevo y se tocó las piernas. Empezó a darse un masaje en los muslos para desentumecerlos, y luego observó con atención a unos vencejos que hacían cabriolas imposibles surcando un cielo azul intenso.

Después se volvió a mirar el reloj de pulsera, que descansaba en la mesita que había frente a su cama, y, al ver que pasaban unos minutos de las ocho, se puso en pie y se dijo que todavía tenía tiempo de darse una ducha antes del desayuno. Entonces echó a andar hacia el baño y cuando estaba llegando llamaron a la puerta.

—Buenos días, Antonio, oigo que ya está despierto, ¿todo bien? —escuchó que decía una voz de mujer—. Hace un rato miré y estaba dormido.

—Buenos días, Ana, todo bien, gracias. Me he quedado un ratito en la cama. Me voy a dar una ducha y enseguida bajo al comedor.

—Perfecto, allí nos vemos entonces. Si necesita algo, ya sabe que no tiene más que decírmelo.

Antonio entró en el cuarto de baño, dejó el pijama y la ropa interior sobre la taza y se metió dentro del plato de ducha agarrándose del asidero. A sus ochenta y ocho años, seguía siendo autosuficiente para hacer las cosas del día a día. Además, tenía una salud de hierro y apenas necesitaba ir al médico.

Una vez que se había duchado, volvió a la habitación, abrió el armario, sacó la ropa que iba a ponerse y se vistió. Mientras se abrochaba el reloj, echó un vistazo a la fotografía en blanco y negro que había encima de la mesa.

En la foto se veían una mujer y un hombre. Ella llevaba puesto un sencillo vestido oscuro en el que no destacaba adorno alguno, y él un pantalón también oscuro, de pana, una chaqueta a juego y una camisa blanca. Entre ambos había una niña de unos diez años, con un vestidito claro y algunos rizos rebeldes que sobresalían de la diadema que le sujetaba la media melena. La pequeña estaba cogida de la mano de la mujer y tenía la del hombre posada en el brazo.

Al acercarse a la puerta de la habitación, el espejo que había al lado le devolvió su imagen. Tenía el pelo totalmente blanco, muy corto y peinado hacia atrás. Sus ojos, penetrantes y observadores, aún mantenían ese brillo peculiar que tanto llamaba la atención a todo el mundo. Y en su boca, como de costumbre, lucía una amplia sonrisa.

No le gustaba estar serio, le hacía sentirse melancólico y le traía recuerdos dolorosos. Pese a que a lo largo de su vida había muchos buenos, también algunos, inevitablemente, eran tristes. Aunque para mantener más cerca los agradables había descubierto que le ayudaba estar de buen humor, y es que, como siempre decía, la mejor medicina natural era sonreír. Así que eso fue lo que hizo antes de salir de la habitación, además de repetir en voz alta lo mismo que todas las mañanas: «Sonríe a la vida y ella te devolverá una sonrisa».

Caminando despacio, con las manos detrás de la espalda, fue avanzando por el pasillo. Se fijó en que la mayoría de las habitaciones estaban vacías, con las puertas abiertas y ventilándose. Dentro de una vio a varias de las chicas que se afanaban en hacer las camas a toda prisa. En breve, cuando hubieran desayunado, muchas de las personas que ocupaban esas habitaciones regresarían a ellas. El primer turno era el más numeroso, nada que ver con el que tenía él.

Los del primer turno estaban, como él solía decir medio en broma medio en serio, todos escacharrados. A quien no le fallaba el cuerpo le fallaba la cabeza. «Yo en cambio me veo muy bien», se dijo para sí mismo

mientras entraba en el comedor. Tan solo le molestaban las piernas alguna que otra noche debido a la mala circulación, pero tenía su remedio casero: levantarse y darse unas buenas friegas de agua fría. Nadie le había dicho nunca que fuera bueno, pero tampoco malo, y a él le funcionaba.

Después de desayunar se fue hasta la puerta de la residencia. En ese momento entraba Isabel, la directora, que vestía un traje chaqueta oscuro con zapatos marrones bajos. Llevaba el pelo moreno liso, corto y con medio flequillo hacia la izquierda, e iba andando a grandes pasos. Antonio se fijó en la sonrisa que puso cuando lo vio y, acercándose a él, le dijo cariñosamente:

—Antonio, muy buenos días, ¿qué tal está usted?, ¿cómo se presenta la semana?

—Estamos bien, hija, he dormido menos tiempo del que me hubiera gustado, pero aquí estoy, con ganas de hacer alguna cosilla. ¿En qué puedo echar una mano hoy?

—Vaya por Dios, ¿cómo es que ha pasado mala noche? —le preguntó, parándose a su lado.

—No te preocupes, solamente me costó conciliar el sueño y esta mañana se me han pegado las sábanas. Nada que no solucione esta tarde con una buena siesta.

—Si es así ya me quedo más tranquila —dijo Isabel, que soltó el aire poco a poco—, pensé que había pasado algo. Aunque no me han dicho nada esta mañana temprano cuando he llamado a preguntar qué tal había ido la noche. De todas maneras, usted no se preocupe, hoy descanse y no se le ocurra venir a la hora de las visitas a la puerta, que no hace falta, de verdad.

—Quita, quita, si me viene muy bien estar por aquí de portero. Me sirve de distracción, que las mañanas se hacen muy largas si uno no tiene en qué ocuparlas.

—Antonio, es usted un sol —le dijo mientras le hacía una caricia en la cara—, no me extraña que las chicas me digan que lo quieren como si fuera usted su abuelo. Siempre dispuesto a ayudar y con una sonrisa en los labios.

—Solo intento hacer algo de utilidad, que siempre me ha gustado estar ocupado. Para mí es un placer ayudar en la hora de las visitas, o echando un vistazo a las plantas. Mira, ahora mismo voy a darme un paseíto por la terraza y veo si alguna necesita algún apaño.

—Muy bien, pues espero que tenga usted un buen día y, por si no volvemos a coincidir, le deseo que descanse mejor esta noche.

—Igualmente, hija. Por cierto, ¿te he dicho alguna vez que tienes un nombre precioso? —le preguntó mostrando su mejor sonrisa.

—Todos los días, Antonio, todos los días —le contestó Isabel, que también sonrió y a continuación siguió camino de su despacho.

Mientras subía en ascensor a la terraza, Antonio se pasó una mano por donde ella le había acariciado. No es que necesitara esas muestras de cariño, pensó, pero como solía decir: a nadie le amarga un dulce.

Ya arriba, se dedicó a hablar un rato con algunos de los otros ancianos que, como él, estaban aprovechando la mañana de mediados de mayo para disfrutar sentados charlando al sol. También quitó las flores y hojas secas de todas las macetas, además de comprobar que la tierra no estuviera demasiado húmeda.

Al cabo de unos minutos, empezó a pensar en que podía pasarse las horas muertas así, cuidando las plantas de la residencia. Siempre le había gustado el campo, tener su propio huerto en el que cultivar tomates, pepinos o pimientos. Recordó que hasta hace un par de años solía hacer escapadas frecuentemente con Fermín, uno de los trabajadores de la residencia que traía frutas y hortalizas de la finca que tenía cerca. Pero cuando Fermín se jubiló, esas salidas que tanto le gustaban se habían ido espaciando cada vez más en el tiempo.

Miró con nostalgia hacia la zona donde tantas veces habían ido juntos. Sus ojos se fijaron en las montañas, donde a pesar de lo avanzado del año todavía se podía ver algo de nieve en las cimas más altas. Luego alzó la vista al cielo, en el que se distinguían claramente las estelas dejadas por algún avión viajando en dirección al norte. Le encantaba esa época del año, con sus días largos y mucha luz.

Una sonrisa se le dibujó en el rostro cuando, hablando para sí mismo, dijo:

—Dentro de poco será época de sandías, qué ganas tengo.

Y es que no había nada que más le hiciera sentir de nuevo la presencia de sus padres que partir una enorme raja de sandía. Esas pequeñas cosas que le hacían recordarlos le encantaban. Porque si había algo que no le gustaba era el olvido, que el paso del tiempo borrara los recuerdos de los que ya no estaban junto a él.

3

Javier se puso las gafas de sol nada más abrir la puerta y salir a la calle. Tras casi una hora dentro de la clínica, los ojos se le habían acostumbrado a la tenue iluminación interior, por lo que la claridad de la soleada tarde lo cegó momentáneamente. Luego, caminando muy despacio, recorrió el sendero adoquinado que llevaba hasta la acera, se detuvo y se quedó mirando la fuente que había en el centro de la glorieta de Mariano de Cavia. En ella, las alas de los patos mecánicos seguían con su pausado e interminable movimiento.

«Creo que soy uno más de ellos», pensó. «Anclado sin remedio, buscando surcar los cielos en libertad, para así dejar atrás los problemas y alejarme de todo». De sus pensamientos lo sacó bruscamente el pitido del semáforo que indicaba que ya podían pasar los peatones. Entonces cruzó la calle dejando la fuente a un lado y entró al parque del Retiro, por el que siempre que tenía consulta le gustaba pasear, para así relajarse un poco y poder después conducir más tranquilo hasta casa.

Mientras caminaba por las amplias calles, en las que había algún que otro turista despistado y algunas personas corriendo, rememoró la consulta con el doctor Martín. Al entrar, como solía hacer, la recepcionista le había dicho que esperara un momento. Sentado en un amplio sofá de piel marrón oscuro, había hojeado las revistas durante unos minutos, hasta que la voz del médico lo llamó por su nombre desde la puerta de la consulta.

Tras las preguntas habituales sobre cómo se encontraba, qué tal dormía y si había vuelto a tener pesadillas, el doctor había insistido en que quizás había llegado la hora de hacer algo nuevo en su terapia, de dar algún paso más para ver si podía dejar esas pastillas a las que parecía agarrarse como a un salvavidas. A Javier se le dibujó la misma sonrisa sarcástica que había mostrado al doctor hacía un rato.

—Como si fuera tan fácil cuando has perdido todo lo que más querías

—dijo en voz baja, hablando consigo mismo.

De todas formas, por la cabeza seguía dándole vueltas la propuesta que le había hecho. Quizás merecía la pena probarlo, aunque no le apetecía lo más mínimo tener que pasar las tardes hablando con un extraño. Pero, pensándolo bien, tampoco tenía demasiado que hacer después del trabajo. Tan solo serían necesarios tres o cuatro días, le había dicho el doctor, una tarde a la semana podría estar bien.

Puede que tuviera razón, merecía la pena hacer algo más y así tratar de recuperar una vida de la que cada vez parecía estar más lejos. Una vida con risas, en la que sentirse amado y ser correspondido, sin miedos, sin remordimientos, culpas, rencores ni odios.

En esos momentos dejó atrás la Fuente del Ángel Caído, alrededor de la que patinaban un grupo de chicas y chicos, esquivando unos conos que habían puesto en el suelo. Luego, al subir la cuesta, camino del estanque, le llamó la atención una escena que estaba teniendo lugar en un claro entre los árboles. Un padre jugaba a perseguir a sus hijos, que corrían intentando escapar, mientras reían con la inocencia propia de la niñez. Todo esto era observado por la madre, que los miraba sonriente sentada en el césped.

Al llegar al estanque, aún con las risas de los niños resonándole en los oídos, Javier se sentó en uno de los pocos bancos con sombra que estaban libres. Allí se entretuvo viendo a la gente pasar delante de él, el corro formado en torno a un artista callejero que hacía un juego de malabares, o los turistas haciéndose fotos. «Una escena típica de tarde tranquila y soleada de primavera en El Retiro», pensó. Aunque entonces, casi sin querer, su mirada se fijó en una nota discordante.

Sentada un par de bancos al lado de él, a su izquierda, había una persona con mal aspecto. El hombre, vestido con ropas sucias y desgastadas, llevaba el pelo largo, todo revuelto y descuidado. Hablaba entre dientes, solo, con la vista pegada al suelo, y en la mano derecha, que agitaba torpemente, sujetaba una botella envuelta en una bolsa de papel.

Javier apartó la mirada de ese hombre, sacó su teléfono móvil y empezó a hacer una búsqueda en internet, para ver si encontraba algún lugar cercano a su casa en el que llevar a la práctica la propuesta del doctor. Necesitaba hacer algo. «Y cuanto antes mejor», se dijo a sí mismo.

Al poner en la aplicación Google Maps las palabras «residencias de ancianos», le salieron tantas que abrió mucho los ojos al ver la cantidad que había. Estuvo un rato revisando las más cercanas a su casa, viendo las fotos y leyendo las reseñas, pero ninguna le parecía interesante.

Estaba ya a punto de cerrar la aplicación, levantarse e irse, desechando la idea de hacer la terapia, cuando el nombre que vio aparecer al lado de uno de los círculos rojos de la pantalla del móvil captó su atención. Así que, tras sopesarlo unos instantes, se decidió y marcó el número de teléfono.

—Residencia Reina Sofía de Las Rozas, buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle? —escuchó decir a una mujer.

Javier empezó a sudar profusamente, sobre todo las manos, que las sintió muy húmedas. Entonces recordó lo que le había sugerido el doctor que podía contar, y tras tragar saliva dijo de golpe:

—Buenas tardes, me gustaría hablar con la dirección. Soy miembro de una asociación benéfica de voluntariado. Nos dedicamos a hacer visitas a residentes que necesitan apoyo o acompañamiento. Me gustaría colaborar acudiendo alguna tarde a hablar y hacer compañía a alguno de los residentes que pueda necesitarlo.

—Un segundo, no se retire, voy a ver si está todavía por aquí la directora y le paso con ella —le respondió la telefonista antes de dejarlo a la espera con una música de piano.

Javier se removió en el banco. La tentación de colgar el teléfono y marcharse era cada vez más grande, pero se concentró en lo que le había dicho el doctor sobre la nueva terapia. Lo importante era que pudiera hablar con alguien mayor, que escuchara sus vivencias y sus buenos recuerdos. Que le preguntara y se interesara por sus familiares, sus alegrías y también por sus penas. Así podría comprobar que todo el mundo había pasado por malos momentos y, a la vez sentiría que estaba ayudando a alguien que lo necesitaba, eso le haría bien.

Cuando el dedo estaba a punto de pulsar el teléfono rojo dibujado en la pantalla del móvil y poner fin a la llamada, la música de piano se detuvo y dio paso a una voz cálida.

—Buenas tardes, perdón por la espera, soy Isabel, la directora de la residencia. Estaba a punto de irme y me han encontrado ya saliendo por la puerta, ¿con quién tengo el placer de hablar?

—Buenas tardes, me llamo Javier —contestó titubeante.

—Encantada, Javier, ya me han comentado el motivo de su llamada. Nos encantaría que pudiera pasarse por aquí. Hay muchas personas que no tienen la suerte de recibir visitas de familiares y sabemos que se sienten un poco solos. Iniciativas como las de su asociación son muy importantes para nosotros. ¿Cuándo podría venir?

—Pues la verdad que tendría disponibilidad mañana mismo.

—El horario de visitas es de cinco a ocho de la tarde, y de diez a dos por las mañanas. A algunos residentes empezamos a llevarlos al comedor media hora antes. Son personas con problemas de movilidad o cognitivos y la mayoría necesitan ayuda para comer. Pero mañana, si viene, lo comentamos todo antes de pasar a la visita y ya vemos con quién podría hablar.

La conversación continuó. Isabel fue tomando sus datos personales y explicándole los trámites de entrada. Mientras tanto, Javier la escuchaba con atención y respondía a sus preguntas con calma, aunque no dejaba de pensar en que no se sentía cómodo mintiendo de esa forma. No le gustaba mentir, prefería no decir nada, lo que le había causado problemas de aislamiento. Pero la mentira lo bloqueaba, había tenido suficiente dosis de ella a lo largo de su vida.

De pronto, delante de él cruzó la familia que había visto hacía un rato. La niña iba la primera, dando saltitos alegres mientras se comía un helado de cucurucho, seguida del padre y la madre, que llevaban de la mano al niño, que se balanceaba alegre entre los dos.

Sin saber por qué ni cómo, por primera vez en muchos años, y sin que una persona con un título de psicólogo o psiquiatra colgado a sus espaldas le preguntara, Javier se liberó dejando salir de su interior algunos de sus fantasmas.

Primero pidió perdón a Isabel por no haber sido del todo sincero, y después le dijo que no era verdad que fuera de una asociación, sino que las visitas para hablar con alguno de los residentes formaban parte de una nueva terapia. Su doctor le había aconsejado que, para continuar con su tratamiento, hiciera eso durante unos días. Creía que le ayudaría escuchar las vivencias y recuerdos de otras personas, así quizás conseguiría desbloquear y canalizar ciertas emociones que se encontraban estancadas en su mente. Al otro lado del teléfono se hizo el silencio durante unos segundos, por lo que Javier temió que le colgaran, pero se equivocaba.

—Entonces, ¿mañana nos vemos a la hora acordada? —preguntó Isabel.

—Sí, claro, por supuesto. Mañana a las cinco estaré allí —respondió Javier rápidamente.

—Genial, creo que conozco a la persona perfecta con la que podrá hablar —dijo Isabel mirando por la ventana de su despacho hacia un grupo de ancianos que, sentados al sol, charlaban animadamente.

4

Antonio acababa de contar aquella anécdota graciosa que le sucedió una noche sin luna, en la que se le fue el santo al cielo y se le hizo tarde mirando las estrellas. Volvía a casa de sus padres alumbrándose solamente por una vieja linterna, y quería entrar a hurtadillas en su habitación sin que nadie se diera cuenta. Pero no hubo suerte, ya que se enteraron todos los seres vivos en dos kilómetros a la redonda. Cuando estaba a escasos metros de su ventana, oyó un aleteo lejano, alumbró hacia la oscura noche y no le dio tiempo más que a dar un grito de pavor antes de que un murciélago despistado chocara contra su pecho.

Felipe se partía de la risa, aunque ya había escuchado la misma historia unas mil veces. Igual que la señora Josefa, que necesitaba que alguien empujara su silla de ruedas a todos los sitios y siempre llevaba colgando la cabeza hacia un lado, por lo que parecía que el cuello se le iba a romper.

Había otras personas que también estaban sentadas en el grupo, pero muchas de ellas tenían las miradas perdidas y los rostros sin expresión alguna, como si estuvieran navegando sin rumbo por el mar de sus recuerdos.

Antonio se levantó de la silla y se giró. A lo lejos vio a Isabel, que los miraba atentamente a través de la ventana de su despacho mientras hablaba con alguien por teléfono. Ella levantó la mano a modo de saludo, y Antonio le respondió de la misma manera, acompañando su gesto con un ligero cabeceo y una amplia sonrisa.

En ese momento, Cristina y Marta, dos de las auxiliares, llegaron para llevar al comedor a las personas del primer turno de la cena. Cristina saludó con energía a todo el grupo. Era una de las veteranas, a pesar de no tener más de cuarenta años. Marta, una de las nuevas incorporaciones tras haber terminado sus estudios el verano anterior, también saludó, aunque más tímidamente. Era callada pero muy observadora, y se conocía el nombre y las vidas de todas las personas en la residencia.

—Buenas tardes, Marta, ¿qué tal estás?, ¿cómo ha ido el fin de semana? —preguntó Antonio.

—Muy bien, señor Antonio, los dos días libres me han venido de maravilla para descansar —le contestó a la vez que ayudaba a una de las personas con su andador.

—Ay, Marta, Marta —la interrumpió Antonio—. Ya te he dicho que no me llames señor Antonio. Hace que me sienta muy mayor —añadió sonriendo.

—Perdone, pero es que me sale así —se disculpó Marta, colorada como un tomate.

—¿Qué tal está usted? No voy a tener más remedio que dejarla sin su divertimento favorito —dijo Cristina, que empujó la silla de ruedas de Josefa camino del comedor—. Pero no se preocupe, que seguramente Antonio tendrá más historias que contarle mañana.

—¿Por qué no me dejas para el final? —protestó Josefa levantando un poco la cabeza—, así paso un ratito más aquí, que seguro que Antonio va a contar otra historia.

—El que se queda el último soy yo —dijo Felipe—, que ya he sido de los primeros en entrar hoy en la comida, y además no tengo mucha hambre.

Marta, mirando a Antonio con especial dulzura, ayudaba esta vez a una de las mujeres que nunca interactuaba con nadie, aunque siempre estaba sentada en el grupo en el que Antonio solía contar sus historias. Como tantas otras, algo parecía haberse quedado detenido en su interior, dejándola perdida en sus pensamientos.

De pronto, Antonio sintió que lo agarraban del brazo. Entonces dejó de mirar a Cristina y Marta, se dio la vuelta y vio a Felipe, que, con los ojos muy abiertos, dijo:

—Antonio, siéntate. Vamos a aprovechar que hoy somos muchos y van a tardar en meternos al comedor. ¿Por qué no me cuentas de nuevo aquel viaje en el que viste por primera vez el mar?

«Este Felipe, qué buena gente es, pero qué pesado se pone a veces», pensó Antonio, que volvió a sentarse.

—Está bien, aunque al final veo que vamos a retrasar a las pobres, como solemos hacer, y luego nos riñen.

—No te preocupes, Marta y Cristina son muy buenas, seguro que no se enfadan y me dejan aquí hasta que acabes de contarme la historia —dijo Felipe guiñando un ojo.

Antonio sonrió, movió la cabeza hacia los lados negando y después

carraspeó antes de comenzar a hablar.

—Por mi último cumpleaños, el regalo de mi hija había sido un viaje al sitio al que tanto les gustaba ir de vacaciones los veranos. Me acuerdo de que, ya desde una semana antes de irnos, mi mujer estaba muy nerviosa. Hacía y rehacía la maleta una y otra vez, siempre con temor a olvidarse algo. Yo le decía que no se preocupara, que allí habría de todo, y si algo se nos quedaba en casa ya lo compraríamos. Además, me reía mucho, porque cuando no se le olvidaba meter el cepillo del pelo era el de dientes, o hasta una vez incluso se le olvidó el bañador.

»Finalmente, llegó el día señalado. Por delante teníamos toda una semana para pasarla en una casita metida en el bosque, pero cerca del mar, que había alquilado mi yerno, y en la que ya habían estado el año anterior. Según nos contaba mi hija, la playa que había cerca era la más bonita de todas las que había visitado en su vida, además de la preferida de los niños. Se la veía contenta. La de veces que nos había llamado desde allí, describiéndonos el mágico entorno que por fin íbamos a ver con nuestros propios ojos.

»Mi hija pasó a recogernos en su coche a las ocho de la mañana. Su marido estaba esperándonos por la zona, ya que se había ido unos días antes a visitar a sus padres. Yo iba en el asiento del copiloto dándole conversación. Ella, aunque había hecho ya el largo viaje en muchas ocasiones, prefería que fuéramos hablando para que se le hiciera más ameno. Detrás iba mi mujer y nuestros dos nietos, Jorge, de nueve años, y la pequeña Sara, de cinco, que se pasó medio viaje diciendo que ya utilizaba todos los dedos de una mano para decir su edad, y preguntándonos a su abuela y a mí cuántos usábamos para decir la nuestra.

»Recuerdo que, al poco de salir, me sorprendió mucho que comenzáramos a subir todo el tiempo, hasta que frente a nosotros apareció la enorme boca de un túnel por el que se metían los coches. En ese momento, Jorge y Sara, atropellándose el uno al otro, empezaron a decirnos que en ese no porque era demasiado largo, pero que en algunos más adelante haríamos un juego muy divertido con el que poder pedir deseos. Yo no podía pensar en ningún deseo que me pudieran conceder, ya que estaba viviendo el mayor de ellos al verlos a todos tan felices.

»Después del túnel, el paisaje fue cambiando rápidamente a nuestro alrededor. Los árboles y las montañas quedaron atrás y, ante nosotros, apareció una inmensa planicie que se extendía allá hacia donde miráramos. Como ese año había sido húmedo, el campo estaba aún verde, aunque, de vez en cuando, disfrutábamos del espectáculo hipnotizante que

nos ofrecía el manto infinito de alguna plantación de girasoles.

»Luego fuimos dejando atrás varios pueblos en los que se distinguían claramente las almenas y torreones de algún castillo. Al verlos, me acordaba de cuando era pequeño y el tiempo pasaba volando mientras oía contar a mi padre historias de castillos encantados, o de valientes caballeros que salvaban a damas en apuros. Además, cada vez que veíamos uno, se repetía el mismo juego en la parte trasera del coche. Mi mujer comenzaba a hacer el sonido de los cascos de un caballo al galope, e inmediatamente Jorge y Sara, entre risas, decían sin cesar: «Tocotoc, tocotoc, tocotoc, somos los caballeros. Tocotoc, tocotoc, tocotoc, abre la puerta que quiero entrar».

»Así, entre juegos y alguna cabezada de los más pequeños, llegó la hora de comer. Nos adentramos en una ciudad que, según Jorge, era su favorita para hacer parada de camino a la playa. Yo le pregunté qué tenía de especial, pero tanto él como su madre y su hermana se hicieron los remolones, y lo más que me dijeron fue que mejor lo vería yo por mis propios ojos.

»Y así fue, porque de pronto, ante nosotros, apareció el castillo más impresionante que jamás había visto. Tenía unas murallas enormes y una puerta principal gigantesca, como las de los dibujos de los libros que había leído de joven. Nos bajamos del coche y fuimos hasta la entrada, acercándonos poco a poco a las amenazadoras sombras que daban las diferentes torres.

»La puerta estaba cerrada, pero se me ocurrió decir a Sara que si llamábamos con fuerza alguien nos abriría. Así que allá que fuimos los dos, ella delante de mí, algo asustada sin dejar de preguntarme si no viviría allí un fantasma, y yo repitiendo la misma cantinela que había estado escuchando durante gran parte del viaje.

»Cuando Sara llegó a la puerta le dije que la golpeará, lo que ella hizo con más miedo que vergüenza. En ese momento, yo eché a correr señalando arriba y diciendo que había visto asomarse un fantasma. Sara pegó un respingo, giró sobre sus talones, comenzó a correr con sus pequeñas piernecitas, y al poco me adelantó mientras me decía: «Abuelito malo y malo, que me has asustado», intentando parecer enfadada.

»Las risas que nos echamos los cinco durante la comida recordándolo, es uno de esos sonidos que se me han quedado guardados nítidamente en la memoria. Aún hoy en día, y pese a los años que han pasado, si me concentro bien, en las noches silenciosas, mirando las estrellas a través de la ventana de la habitación, creo escucharlas, lejanas pero claras, como si todavía estuviéramos todos juntos, comiendo y riendo a los pies de las

altas murallas de aquel castillo de ensueño.

»Continuamos el viaje, que yo pensaba que iba a ser más aburrido sin los juegos de los niños, porque me daba la impresión de que después de comer se echarían una siesta, pero no fue así. Conforme comenzamos a subir, rodeados de altas montañas de nuevo, los dos empezaron a decir que se acercaban más túneles, pero que esta vez serían más pequeños y podríamos jugar a pedir deseos. Y vaya si atravesamos túneles, los primeros los fui contando, aunque llegó un momento en que perdí la cuenta, ya que estaba más pendiente del juego de los deseos.

»Al acercarnos a un túnel, Jorge y Sara comenzaban a dar palmas y armar jaleo diciendo que no respiráramos hasta la salida. Luego, nada más meternos dentro, se callaban y se mantenían sin respirar, con los carrillos inflados y los ojos alegres, esperando volver a salir a la luz. Entonces, cuando salíamos, soltaban el aire con fuerza, y comenzaban a aplaudir mientras decían que se habían ganado un deseo al no haber respirado en todo el túnel. A veces no lo conseguían, pero no pasaba nada, porque había muchos túneles por el camino y muchos deseos que ganarse.

»La alegría que transmitían entreteniéndose en algo tan sencillo era muy contagiosa. Así que, al final, acabamos los cinco con agujetas en la cara de tanto inflar y desinflar los carrillos, y de coger aire antes de entrar en cada túnel para ir ganándonos deseos.

»El juego de los deseos fue uno de los grandes descubrimientos de ese viaje, aunque, entre túnel y túnel, lo que más me sorprendía era ver cómo el paisaje se iba convirtiendo en un inmenso bosque. Había veces incluso que la carretera quedaba cubierta por arriba con vegetación y, mirases donde mirases, lo único que se veía eran árboles altísimos de distintos tonos de verde.

»La carretera serpenteaba de forma continua, subiendo en algunos tramos y bajando en otros. Alrededor nuestro comenzaron a aparecer pequeños pueblos, en los que veíamos a algunas personas sentadas en sillas frente a sus casas, charlando tranquilamente y mirando los coches pasar.

»Así seguimos un buen rato, hasta que detrás los niños empezaron a decir que ya estábamos cerca del mar. Yo por más que miraba a todas partes no veía más que árboles y monte. Así que pregunté a mi hija si era cierto y si ya estábamos llegando, porque no podía ser, ya que me habían dicho que el mar se veía desde lejos.

»Ella, sonriendo, me dijo que pronto lo vería, que estuviera atento. Con lo que mi mujer y yo empezamos a abrir los ojos como platos. Y entonces, tras una curva cerrada, detrás de unos árboles, ante nosotros

apareció por fin el mar.

»Nunca en mi vida había visto nada que me impactara tanto. Mi hija paró el coche, bajamos, y luego, mientras los niños saltaban y correteaban felices, mi mujer, mi hija y yo contemplamos en silencio el espectáculo que la naturaleza nos ofrecía.

»Un manto de fina hierba cubría el suelo, adentrándose hacia la blanca arena de la playa, que hacía contraste con el tono oscuro de las enormes piedras de los acantilados, humedecidas por olas que rompían con fuerza desprendiendo esquiras de espuma. A lo lejos oscilaba en continuo movimiento de vaivén una gran masa infinita de agua. Y arriba, en un cielo azul intenso, con apenas alguna nube haciendo extrañas formas que disparaban la imaginación, se veían algunas gaviotas planeando plácidamente.

»Me sacó de ese estado de contemplación la voz de mi hija, que nos preguntó si nos gustaba y era como lo habíamos imaginado. Mi mujer y yo la miramos con una expresión de agradecimiento infinito en los ojos, y le dijimos que nos encantaba, que era mucho mejor de lo que nunca habíamos podido soñar.

»Luego, mirando a un lejano barco que se mecía al compás de las olas, le pregunté cómo era posible que existiera tanta agua, de dónde había salido. Su respuesta fue una sonora carcajada seguida por un beso en la mejilla, mientras nos decía que disfrutáramos de la semana que teníamos por delante.

»Allí, contemplando todo maravillados, nos quedamos mi mujer y yo, viendo a mi hija y a mis nietos correr hacia mi yerno, que acababa de llegar. Cuando estuvieron los cuatro juntos, comenzaron a andar lentamente cogidos de la mano. Jorge iba a la izquierda, a continuación su padre, pegada a él mi hija, y cerrando el grupo la pequeña Sara.

»Mi mujer y yo, también cogidos de la mano, nos quedamos observando cómo avanzaban sobre la arena en dirección al mar. «Forman una imagen como sacada de un cuento», escuché que decía mi mujer. Entonces nos miramos, nos dimos un beso, y después volvimos la cara de nuevo hacia el mar, sobre el que se recortaban las figuras de los cuatro adentrándose por la playa.

Antonio se quedó mirando a Felipe, al que tanto le gustaba escuchar este relato. También él, a pesar de las veces que lo había contado, lo disfrutaba de una forma especial. El relato del viaje en que por primera vez había visto el mar, lo llamaba Felipe. Poco sabía Felipe, pensó Antonio, al igual que él aquel fatídico día observando aquella idílica imagen, que esa sería la primera y la última vez que lo vería.

5

Javier se llevó a la boca el último trozo de queso y, una vez que se lo había tragado, hizo lo mismo con el de jamón. Luego apuró de un sorbo el vaso de agua, se echó hacia atrás y comenzó a pasarse la mano por la nuca. Pensó que había sido buena idea haber cenado algo tan ligero, porque de esa forma podría irse antes a dormir.

Así que recogió la mesa, fue a la cocina y alzó la tapa de una pequeña cacerola. Al hacerlo, el aroma a tomillo que desprendió el caldo hizo que cerrara los ojos, inspirara profundamente, y se pusiera a repasar lo que había hablado con Isabel.

A las cinco habían quedado en la residencia Reina Sofía, por lo que tendría el tiempo justo de llegar a casa y comerse lo que estaba cocinando. Aún había algunos momentos en los que le seguían asaltando las dudas entre acudir o no a esa cita, pero algo en su interior le impulsaba a hacerlo, era como si una fuerza dentro de él lo empujara a ir.

Tras preparar las medicinas del día siguiente, y dejarlas colocadas en el sitio habitual, apagó el fuego y se marchó al salón a leer un rato. Antes de salir de la cocina miró el reloj del horno y vio que eran solo las diez de la noche. Todavía era temprano, pero estaba cansado. Le apetecía meterse en la cama, aunque quería hacer algo de tiempo, que el sueño fuera viniendo poco a poco, para intentar dormir sin tener que tomarse la pastilla que solía usar.

Nada más entrar en el salón se dirigió hacia el sofá, se recostó y cogió el libro que estaba en la mesita baja que tenía justo enfrente. Luego encendió la cadena de música con el mando a distancia y, acompañado por la *Quinta sinfonía* de Beethoven, se puso a leer.

Pasaba las páginas despacio, acariciando con suavidad el libro, que era pequeño, con el lomo raído y con páginas de bordes desgastados. Pensó en la de veces que lo había leído, las primeras de niño, y en que siempre volvía a él cuando se encontraba asustado o no sabía lo que hacer.

De pronto, el sonido del móvil lo sacó de ese instante de retiro personal, y después de soltar el libro se levantó y fue hacia la mesa alta donde había dejado el teléfono. Al mirarlo, comprobó que se trataba de un aviso de próximo cumpleaños, de los que, como siempre, y siguiendo su costumbre de controlar bien las cosas, tenía programados con varios días de antelación.

Inmediatamente, torció la boca en una mueca entre la melancolía y el disgusto, y acto seguido pulsó una tecla y eligió la opción de recordar el mismo día del cumpleaños.

—No sé por qué sigo programando estos avisos, debería borrarlos de una vez por todas —dijo hablando entre dientes camino del sofá, donde se sentó de nuevo a retomar la lectura.

Esta vez, aunque leía, notaba que su atención no estaba como antes en el relato, ya que por su cabeza seguía apareciendo el aviso que acababa de ver. Con la mano derecha se mesó los cabellos, en un gesto que parecía querer arrancar esos pensamientos, esos recuerdos que lo perturbaban y que hasta hace unos minutos permanecían guardados, escondidos en algún lugar lejano de su mente.

Se incorporó de un salto y dando grandes pasos fue hasta la cocina. Allí abrió un armario en el que había varios botes de pastillas, cogió uno de ellos y se tomó una. Después regresó al salón, y sentándose de nuevo dijo con tono de fastidio:

—Hoy también he necesitado la dichosa pastilla para poder dormir.

Unos segundos más tarde se fue notando el pulso más calmado, y trató de leer otra vez. Durante unos minutos estuvo pasando páginas lentamente, hasta que su respiración se fue haciendo más profunda y sintió que el sueño lo iba a vencer. Entonces se levantó del sofá con el libro en la mano, quitó la música, salió del salón y fue hacia el dormitorio apagando antes las luces de la casa.

Tumbado en la cama continuó con la lectura, pero el sueño lo siguió envolviendo en sus brazos, plácida e irreversiblemente. Sin darse cuenta, pasaba varias veces por la misma línea, con cada frase tenía el cerebro más abotargado, era como si estuviera flotando.

Los últimos pensamientos que le pasaron por la cabeza fueron una mezcla de lo que estaba leyendo, la consulta con el doctor Martín y la conversación que había tenido esa tarde con Isabel. Mañana debía acudir a la cita, parecía decirle su subconsciente.

Javier se quedó por fin dormido. De la mano derecha, que cayó inerte a un costado, se le escurrió el libro y acabó en el suelo medio abierto.

Mientras tanto, en la mano izquierda, sujeto entre los dedos pulgar y corazón, quedó un viejo marcador de páginas. En él, a la luz tenue de la lamparita encendida, se podían distinguir cuatro letras entrelazadas entre sí de dos en dos, todas escritas con un trazado gótico y recargadas con espirales y adornos de diferentes tamaños. Por encima de los dedos quedaron las letras S y J, las mismas que por debajo.

